

CONFERENCIA

## LA CENTROIZQUIERDA EN EL LIMBO\*

**Max Colodro**

Universidad Adolfo Ibáñez

**RESUMEN:** El autor realiza una disección de las tensiones intelectuales y afectivas de la centroizquierda en el Chile reciente, para intentar explicar su actual desaliento y vacío. Para salir de este “limbo”, propone que ella se haga cargo del Chile que ayudó a construir, al tiempo que atienda a la realidad del siglo XXI, regida, se quiera o no, por un capitalismo globalizado.

**PALABRAS CLAVE:** dictadura, centroizquierda, Concertación, Nueva Mayoría, capitalismo, globalización.

### THE CENTRE-LEFT IN LIMBO

**ABSTRACT:** *The author dissects the recent intellectual and emotional strains in the Chilean centre-left in an attempt to explain its current despondency and emptiness. To get out of this “limbo”, he proposes that it should come to terms both with the Chile it helped to build and with the reality of a twenty-first century governed, whether it likes it or not, by a globalized capitalism.*

**KEYWORDS:** *dictatorship, centre-left, Concertación, New Majority, capitalism, globalization.*

---

MAX COLODRO. Sociólogo y doctor en filosofía. Director del magister en comunicación política de la Universidad Adolfo Ibáñez. Email: max.colodro@uai.cl.

\* Versión revisada de la conferencia presentada en el Centro de Estudios Públicos el miércoles 4 de julio de 2018, con ocasión de la segunda parte del seminario “La centroizquierda en Chile. ¿Cómo se llegó a esto? ¿Cómo se sale?”.

Agradezco al Centro de Estudios Públicos por la gentileza, la confianza y el riesgo de invitarme a este esfuerzo por responder interrogantes centrales de nuestro actual momento político: ¿Cómo la centroizquierda llegó hasta aquí? ¿Por qué una coalición emergente como la Nueva Mayoría, con un programa de reformas ambiciosas y que obtuvo un importante triunfo electoral hace sólo cuatro años, termina en una derrota política de proporciones? ¿Qué explica este fracaso estratégico y cuáles son las secuelas?

Intentaremos algunas respuestas.

A mi juicio, Chile enfrenta en la actualidad todos los rasgos de un ciclo político nuevo, un ciclo que se inaugura con la derrota de la Concertación en 2010 y que, por tanto, tiene entre sus principales factores explicativos a *la alternancia en el poder*. La Concertación, el instrumento político diseñado a fines de los años ochenta por la centroizquierda para encarar los desafíos de la transición, gobernó ininterrumpidamente durante veinte años, algo inédito en la historia contemporánea de Chile; inédito por su extensión y, sobre todo, por los logros del país en ese período: quizá los veinte años más exitosos en la historia de Chile desde el punto de vista de la envergadura y extensión de las transformaciones económicas, sociales y culturales. Pero la centroizquierda vino a descubrir el año 2010 un efecto completamente inesperado y traumático asociado a ese conjunto de avances, un fantasma que asomó súbitamente su rostro, provocando primero una crisis y luego una revisión completa de lo que habían sido sus largos veinte años en el poder.

¿Qué es lo que se le apareció a la centroizquierda el año 2010? En síntesis, dicho sector descubrió que había construido un país —en muchos aspectos exitoso, en otros, razonablemente bueno—, pero que en función de esos logros termina haciendo posible que los otrora partidarios de la dictadura militar se conviertan en una opción de gobernabilidad democrática. Esa derecha que apoyó a Pinochet durante 17 años, la de los “cómplices pasivos” denunciados por el propio Sebastián Piñera, ahora gana elecciones en democracia y con mayoría absoluta.

Eso fue lo que le ocurrió a la centroizquierda el año 2010 y a partir de ese golpe, de ese cataclismo emocional y político, lo que se genera es una relectura muy compleja, extraña y esquizofrénica de lo que fueron sus veinte años administrando el país. Una relectura que la lleva literalmente a renegar de lo que fue la obra de la Concertación,

embarcándose en una visión profundamente flagelante del Chile de la transición; una lectura crítica cuyas bases ideológicas se ponen en movimiento a partir de la alternancia en el poder. Es cierto, como afirma Carolina Tohá, que ese malestar y esa insatisfacción siempre estuvieron ahí: siempre hubo un sector que miró a la transición y al Chile que se iba construyendo a partir del retorno a la democracia con ojos muy autocríticos.

Pero luego de la derrota de 2010 eso deja de ser una crítica y pasa a ser —literalmente— *una renegación*, y lo que la centroizquierda hace a partir de esa renegación es articular un relato con el que se instala la idea de que la Concertación estuvo durante veinte años administrando un modelo esencialmente ajeno (el modelo neoliberal impuesto por la dictadura), y que no tuvo ni la convicción, ni la valentía para hacerle cambios sustantivos. *Neoliberalismo corregido* lo llama Manuel Antonio Garretón; Fernando Atria habla de un *neoliberalismo con rostro humano*. Eso es lo que habría estado gestionando y, en los hechos, profundizando la Concertación durante veinte años.

Por tanto, a partir de ese momento lo que se instala en Chile es posiblemente uno de los casos de *esquizofrenia política* más extraordinarios de la historia contemporánea: los veinte años de la Concertación son duramente cuestionados por la centroizquierda que estuvo en el gobierno todo ese período, y defendidos por la derecha; es decir, por quienes en ese mismo lapso estuvieron en la oposición. De alguna manera, la centroizquierda chilena le ha hecho a la derecha uno de los más extraordinarios *regalos políticos* de todos los tiempos: “Ahí tienen el país que construimos durante veinte años, a nosotros ya no nos gusta, nosotros no nos sentimos cómodos ni orgullosos de ese país”. Lo que se instala entonces, desde 2010, incluso antes de las movilizaciones de 2011 —como bien refiere Carolina Tohá—, es la convicción de que Chile debe hacer correcciones profundas al modelo económico, el “modelo” que la Concertación sólo habría estado administrando durante veinte años. También se instala la idea de que el país requiere una institucionalidad política nueva. A pesar de todas las reformas que se le han hecho a la Constitución desde 1990 (más del 80 por ciento de los artículos de la “Constitución de Pinochet” fueron reformados en democracia por mayorías parlamentarias); es decir, a pesar de que en estricto rigor esa Constitución de 1980 ya no existe, el año 2010 la centroizquierda

redescubre “súbitamente” que el problema de la “ilegitimidad de origen” de la carta magna sigue intacto, que las bases de nuestra institucionalidad siguen siendo “ilegítimas” a más de dos décadas del retorno a la democracia.

¿Por qué? Por una razón muy simple, porque la centroizquierda, a partir de 2010 y luego de su derrota electoral, vive una profunda desafección con el Chile que ella misma ha construido.

Para explicar *cómo se llega hasta aquí* se hace necesario entender entonces a qué se debe que la centroizquierda viva, a partir de 2010, con tal grado de desafección lo ocurrido. Y uno de los factores que explican —a mi juicio— esa desafección se relaciona con lo que comentamos al inicio: descubrir después de veinte años de gobiernos de centroizquierda que los avances del país han convertido a la derecha en una mayoría electoral democrática, una cuestión “intolerable” que efectivamente obliga a repensar todo de nuevo.

Pero hay también una razón incluso más profunda, que ayuda a entender por qué un sector importante de la centroizquierda —si es que no toda en su intimidad— sintió siempre una desafección, en algunos casos más manifiesta, en otros latente, respecto al Chile que se venía construyendo a partir de 1990. ¿Cuál es esa razón? Una muy obvia y que la centroizquierda ha preferido mantener desde el principio bajo un “tupido velo”, un manto, primero, de silencio y, luego, de relativa tergiversación histórica, aunque desde 2010 debió hacerse cargo, al menos, de encarar y evaluar algunas de sus implicancias.

¿Cuál es esa verdad histórica tan dolorosa para la centroizquierda que llega al punto de una insólita sublimación? En breve, que haber tenido que llegar a la instancia del plebiscito de 1988 para derrotar electoralmente a Pinochet no fue la expresión de un triunfo político, sino más bien de *un profundo fracaso estratégico*; que las fuerzas políticas de centro e izquierda estuvieron entre 1983 y 1987 haciendo un esfuerzo gigantesco, con un sacrificio humano enorme, tratando de conseguir algo que finalmente no pudo obtenerse: *derrocar a la dictadura*. Ésa es la realidad que explica por qué se hizo una transición en los marcos de una institucionalidad impuesta por esa dictadura, lo que implicó no sólo mantener en funcionamiento su modelo económico, sino también tener que aceptar senadores designados, comandantes en jefe inamovibles, un sistema binominal que impuso un empate permanente entre mayorías

y minorías, y al propio Pinochet como comandante en jefe del Ejército hasta 1998, para después verlo asumir como senador vitalicio. Todo eso es parte del precio que la Concertación tuvo que pagar en razón a que en los años previos al plebiscito, los años de las protestas y la movilización social, no fue posible derrocar a la dictadura.

Así se define, entonces, el principal rasgo de la transición a la democracia en Chile: por un triunfo electoral en el marco de una derrota política estratégica, que deja en pie la institucionalidad impuesta por la dictadura y las bases de su modelo económico y social. Y a partir de esa realidad se inicia después un ciclo de pactos forzados, que tiene un hito en el acuerdo constitucional de 1989, que permite llevar a cabo las primeras 54 reformas al texto original de la Constitución. Ése es, en los hechos, el primer rayado de cancha que obliga a la centroizquierda a conceder cierto grado de legitimidad al marco constitucional, dado que sin ello es imposible asumir el gobierno y la dirección del Estado.

Ahí está el verdadero origen de la desafección que la centroizquierda siente con la transición democrática chilena, una realidad con la cual finalmente debe confrontarse en 2010, cuando la pérdida de los privilegios del poder la hace mirar su historia desde una perspectiva distinta. Y, además, una derrota ¿en manos de quién? Pues, de los autores intelectuales y materiales de dicha institucionalidad impuesta en la década de 1980, de los propietarios del modelo económico y social edificado por los *Chicago boys* desde 1975.

En cierta medida, lo que el escenario generado a partir de 2010 hace evidente es que la centroizquierda sólo acepta esas condiciones, y las dificultades que suponen, en la medida en que administra el poder. Se pudo hacer una transición en los marcos de la institucionalidad de Pinochet, de su modelo de desarrollo, bajo obligación de construir acuerdos con la derecha, únicamente en la medida en que el gobierno estaba en manos de la centroizquierda; cuando esa condición desaparece, cuando la derecha irrumpe como una fuerza mayoritaria que puede ganar elecciones en democracia, la legitimidad de todo lo construido en base a esos consensos simplemente se desploma.

Por tanto, a partir de 2010 nos enfrentamos a *un escenario sin consensos*, en el que un sector mayoritario de la centroizquierda desconoce el valor de los acuerdos que se generan en Chile durante los veinte años de la transición. Lo que se inaugura, en su reemplazo, es un periodo de

divergencias y desacuerdos respecto a las dos cosas más importantes que una sociedad tiene: la legitimidad de su marco institucional (se requiere o no una nueva Constitución) y los consensos mínimos en torno a las bases del modelo de desarrollo. Si hasta 2010 existieron ciertos acuerdos sobre ambas cosas, luego de la alternancia en el poder estos desaparecen súbitamente, reemplazados por una controversia polarizadora, que ha terminado con una distancia muy grande de la centroizquierda respecto al valor de todo lo construido en los últimos treinta años, y ahora, además, con el desprendimiento de un sector todavía más desafecto y radicalizado —el Frente Amplio—, uno de cuyos ejes de articulación es precisamente la crítica implacable al Chile de la Concertación.

A partir de la reinstalación de esta divergencia, la centroizquierda intenta construir un proyecto político que apunte precisamente a generar otra Constitución y a hacerle correcciones de fondo al modelo de desarrollo. La popularidad y la confianza en Michelle Bachelet son la punta de lanza de ese ambicioso proyecto transformador, que se plasma en un programa que adquiere connotaciones casi religiosas. En paralelo, los errores de gestión y diseño político del primer gobierno de Sebastián Piñera hacen su parte para la instalación de esta inmensa *masa crítica* a favor de los cambios, lo que, junto a la agenda impuesta por el movimiento estudiantil desde 2011, permite articular una gran mayoría social y electoral, que triunfa sin dificultad en 2013, tanto a nivel presidencial como parlamentario.

Echado a andar ese proyecto, un sector importante de la sociedad chilena, y en particular de la clase media, siente que las reformas empiezan a poner en riesgo conquistas importantes de las décadas recientes: acceso al consumo; inversión y crecimiento económico; autonomía para escoger la educación de los hijos, etcétera. En síntesis, un segmento del país percibe que —como bien lo graficó el ex ministro Nicolás Eyzaguirre— las reformas suponen “quitarle los patines” a la clase media, para ponerla en condiciones de mayor igualdad de oportunidades con los sectores más vulnerables. La lógica aspiracional, asociada a la democratización del acceso a bienes y servicios, es puesta bajo amenaza, o eso al menos siente una parte de la sociedad (la oposición hizo también su trabajo en términos políticos), lo que en conjunto lleva al gobierno y sus reformas a niveles inéditos de desaprobación. Las

expectativas caen, la inversión baja consecutivamente, el crecimiento y el empleo se estancan. A ello se agrega también el devastador efecto del Caso Caval, que pulveriza los principales atributos del liderazgo de Michelle Bachelet, reforzando un cuadro general de crisis de expectativas y desconfianza en una importante mayoría del país.

En definitiva, un sector relevante del país llega a la conclusión de que las reformas implementadas por la Nueva Mayoría carecen de rigor técnico y afectan los avances que la sociedad ha tenido en las últimas décadas. Y termina apostando otra vez por Sebastián Piñera y la derecha, un sector que de manera cada vez más explícita reivindica el país construido desde 1990. De algún modo, lo que queda en evidencia con el nuevo triunfo de ese sector en la última elección presidencial es que existe un segmento muy amplio de la actual sociedad chilena que no quiere cambiar “el modelo”, sino que, más bien, busca obtener más beneficios de él, mayor igualdad, “emparejar la cancha”. En lugar de poner en riesgo los avances de las últimas décadas, quiere obtener más autonomía en sus decisiones económicas. Si le ofrecen gratuidad en la provisión de bienes públicos, la acepta encantado, pero no al costo de sacrificar sus aspiraciones de ascenso social.

En el fracaso histórico de la Nueva Mayoría hay, por tanto, varias dimensiones operando simultáneamente. Por una parte, su desafección con el Chile de la transición, la incapacidad de entender que los avances de las últimas décadas cambiaron la vida de la gente y que, con muchos déficits y desafíos pendientes, la mayoría de la población vive consciente de esos avances y no está dispuesta a arriesgarlos en una aventura ideológica. En efecto, el país asumió que los cambios impulsados por el segundo gobierno de Bachelet tenían objetivos valiosos, pero estaban mal diseñados, afectaban la inversión y el crecimiento. Al mismo tiempo, la impopularidad de la Nueva Mayoría es un factor que ayuda a quebrar el pacto político, abriendo una fuga hacia el centro de sectores de la Democracia Cristiana y hacia la izquierda, con la irrupción del Frente Amplio. Ese doble quiebre con el Chile de la Concertación deja a la centroizquierda en un limbo, en un momento de pérdida de acuerdos internos, ausencia de liderazgo y vacío de proyectos.

Por último, creo que hay cosas básicas y que tienen que ver con lo que hemos comentado respecto a la historia reciente de Chile. A mi juicio, hay un sector importante de la centroizquierda chilena al cual

le es todavía tremendamente difícil —desde el punto de vista político, emocional, psicológico— hacerse cargo de que en este país una mitad del electorado vota por la derecha; que Pinochet sacó el 44 por ciento de los votos en el plebiscito de 1988, con todos los horrores que habían ocurrido durante su régimen.

Después, tuvieron que aceptar que la votación de la derecha se ha mantenido en promedio por sobre el 40 por ciento. Sin ir más lejos, el año 1999, a una década de iniciada la transición, Joaquín Lavín y Ricardo Lagos empatan en 47 por ciento, y la diferencia en el balotaje la hacen 300 mil votantes del Partido Comunista, que fueron a las urnas por Ricardo Lagos para que no ganara la derecha. El año 2005 la derecha compite dividida en primera vuelta; Joaquín Lavín y Sebastián Piñera sacan 48 por ciento; esto es, suman más votos que Michelle Bachelet en primera vuelta, pero ella termina triunfando porque, otra vez, 300 mil votantes del Partido Comunista fueron a votar para que no ganara Sebastián Piñera. En la elección siguiente —2009— Sebastián Piñera gana en primera vuelta con el 44 por ciento y en segunda vuelta, con el 52 por ciento. Es decir, la derecha ha tenido una votación constante sobre el 40 por ciento, y yo creo que eso es algo que un sector muy importante de la centroizquierda no quiere mirar ni tratar de entender.

Durante una de mis clases, una alumna me dijo: “Qué lindo sería este país si los *fachos* —la otra mitad— no existieran”. Maravilloso, prácticamente podríamos hacer cualquier cosa si la otra mitad del país no existiera, *pero existe*. Entonces la centroizquierda, cuando piensa un proyecto de sociedad, cuando piensa un proyecto de futuro, tiene necesariamente que hacerse cargo de esa otra mitad y no construir un proyecto sólo para su mitad. Ése fue el gran drama de la Unidad Popular. Obviamente, lo mismo vale para la derecha, pero la diferencia es que la derecha arrastra desde hace muchas décadas un irredimible “complejo de minoría”, lo que la ha hecho ser más consciente del país al cual no representa. En el caso de la centroizquierda es al revés: su convicción de ser mayoría se viene expresando desde la dictadura, lo que se vio reforzado durante el largo período de la Concertación. Y a esa convicción se suma otra: la de su “superioridad moral”, fundada en el hecho de que fue víctima de gravísimas violaciones a los derechos humanos y de que la derecha, por su parte, fue partidaria hasta el último día del régimen que cometió dichas atrocidades. Por eso, a la centroizquierda la tenta-



ción de prescindir del país de derecha, a la hora de pensar sus proyectos de sociedad, le resulta tan atractiva.

Paradójicamente, ese error, esa barbaridad, la llevó a la práctica el propio Régimen Militar, que consideró que la otra mitad del país tenía que dejar de existir y, de hecho, hicieron desaparecer a muchos. Si algo debimos, por tanto, haber aprendido es que afortunadamente no se puede hacer desaparecer a la otra mitad. Hay que pensar y construir proyectos políticos que incluyan a esa mitad; es decir, que miren al país como una integridad donde no sobra nadie.

Por eso, cuando uno tiene un país tan profundamente dividido como Chile, en dos mitades más o menos equivalentes desde el punto de vista electoral, resulta obvia la necesidad de construir acuerdos, de construir políticas de largo plazo en base a consensos amplios, lo más amplios posibles.

Así se responde, en parte, a la segunda pregunta de este seminario. Pero la otra parte tiene que ver con algo que también señaló Carolina Tohá en su presentación: estamos viviendo un mundo en el que lo que se está globalizando es el capitalismo. El Estado, que es una creación que no debe tener más de 300 años —al Estado nacional moderno, me refiero—, es algo que quizá esté condenado a desaparecer en el contexto de la globalización durante este siglo y, por tanto, la centroizquierda no puede seguir pensando la política sólo en función del Estado nacional; no puede seguir pensando en hacer políticas sin entender las lógicas de la globalización y sin tratar, de alguna manera, con todas las dificultades que eso tiene, de optimizar los beneficios de la globalización y, a su vez, de aminorar los costos y riesgos, que son muchísimos.

Entonces, mientras no haya una mirada respecto de cuál es el ciclo que está viviendo la humanidad (aunque suene un poco pretencioso decirlo de esa manera), va a ser muy difícil que la centroizquierda logre pensar de nuevo un proyecto de transformaciones viables y consistente con el mundo actual. A mí una de las cosas que me parecen insólitas, increíbles de lo que estamos viviendo hoy en Chile, es descubrir que la nueva generación de izquierda, los jóvenes que hoy están en el Partido Comunista y en el Frente Amplio, por ejemplo, miran el mundo como si estuviéramos en la década de 1960. Ésos son en la actualidad los “progresistas”: los que miran al mundo con lógicas del siglo XX y de la Guerra Fría, y no se hacen cargo de las tendencias y lógicas del

siglo XXI. Porque, nos guste o no nos guste —podemos hacer muchos juicios críticos respecto de la globalización—, no podemos marginarnos de la globalización. Los países que han hecho un esfuerzo por marginarse de la globalización —Corea del Norte, Cuba o Venezuela— han tenido, y siguen teniendo, resultados desastrosos desde todo punto de vista. No me imagino a estas alturas a nadie viendo a esos países como “modelos” de algo, salvo a aquéllos a los que el filósofo español Fernando Savater llama “la izquierda lunática”.

Entonces creo —y con esto termino— que uno de los grandes problemas que tiene la centroizquierda para repensar su proyecto político es, en primer lugar, que no se hace cargo de una cuestión básica respecto de la realidad política nacional: en este país hay un sector muy grande de gente que vota por la derecha, y lo que descubrimos después del gobierno de la Nueva Mayoría es que hay un sector muy grande del país que, además, se identifica con “el modelo” y sus beneficios. Así de simple. En segundo lugar, que todavía cree que en esta etapa de la historia humana se puede pensar una alternativa a la globalización del capitalismo; esto es, en una sociedad que puede resistir o quedar al margen de dicho proceso y no terminar en un colapso económico o, peor aún, en una tragedia humanitaria. *EP*